

LA ARQUEOLOGÍA EN EL RELATO OFICIAL DEL ESTADO NACIONAL. EL CASO DEL PUCARÁ DE TILCARA (JUJUY, ARGENTINA)

Clarisa Otero

Instituto Interdisciplinario Tilcara, FFyL –UBA

En este artículo se analiza el discurso y la acción profesional de los primeros arqueólogos que llegaron a la Quebrada de Humahuaca, provincia de Jujuy, Argentina. Para ello se ha seleccionado el lapso temporal en el que transcurre el desarrollo de las investigaciones promovidas por la Facultad de Filosofía y Letras (UBA) en el Pucará de Tilcara, a partir de los trabajos de los Dres. Ambrosetti, Debenedetti y Casanova. A través de la lectura y la revisión crítica de sus publicaciones y manuscritos, sumadas al análisis de sus intervenciones en este sitio, en este trabajo se discute la manera en que la práctica profesional de estos dos últimos investigadores, particularmente de Casanova, respondió al complejo proceso de construcción de la identidad nacional, en el cual el conocimiento arqueológico se constituyó en parte como una fuente de inspiración para el desarrollo cultural y económico de la región.

Palabras Claves: Estado nacional - Pucará de Tilcara

Las últimas décadas del Siglo XIX y las primeras del XX representan para la antropología argentina un momento histórico cargado de matices ideológicos que desembocaron en la constitución de la disciplina al servicio de la política estatal tendiente a la transformación de la sociedad nacional. En el terreno fértil, legado por los ideales nacionalistas de la generación de los '80¹, se generaron

una serie de programas que incluían la erradicación de la pobreza nacional y la supuesta integración de los grupos indígenas (Lagos 1998; Trincherro 1998). Para ello se implementaron políticas educativas las cuales tenían por objetivo la formación del ciudadano estatal moderno (Montenegro 2010), a través de la supresión de las lenguas y las formas de vestir nativas, y en algunos casos, de la imposición de la formación religiosa o

¹ Se denominó generación del '80 a un conjunto de personalidades que se destacaron por compartir una misma ideología. Si bien se los consideró como una generación en realidad se trató de no más de 200 o 300 hombres que condujeron y respaldaron un proyecto de país basado en políticas civilizadoras a partir de 1880. Quizás una de las más destacadas, más allá de la consolidación del Estado Nacional, fue la apertura de las fronteras para que llegasen hombres de trabajo, capitales e incluso ideas desde el exterior. Para lograr esta apertura y garantizar las inversiones, estos

hombres consideraban que debían resolver la cuestión indígena dadas sus implicancias en la inestabilidad del amplio territorio argentino. Una de las medidas para erradicar los malones indígenas que, arrasaban las poblaciones instaladas en las zonas periféricas para promover la producción agropecuaria fue la Campaña al Desierto. Así se exterminaron y desplazaron gran parte de las poblaciones nativas, ganando a su vez miles de leguas de tierra que fueron repartidas entre los allegados al gobierno (Romero 1987).

del servicio militar como obligatorios en pos de la civilización y el progreso.

Las investigaciones sociales formaron parte del aparato ideológico nacional implementado para erradicar los rasgos culturales que definían la marginalidad de estas poblaciones. De allí que para este período se destaque el trabajo de los viajeros y folkloristas, y se creen diversas instituciones nacionales de antropología y etnografía (Fernández 1979/1980). No obstante, en ningún caso los resultados de estas primeras investigaciones fueron utilizados para transformar las relaciones entre los pueblos originarios y el Estado con el propósito de lograr su integración en un plano de igualdad. Lejos de esto, al desposeerlos de sus medios de subsistencia se mantuvo su condición de marginales.

A diferencia de otros países latinoamericanos, como México o Perú donde el indigenismo cobró fuerza propia tempranamente (Stavenhagen 2002), en la Argentina no existió una política estatal donde se considerara al indio como una parte integrante de la identidad nacional. Concluida la Campaña al Desierto y por lo tanto considerándose resuelto el problema indígena en el sur, en las décadas siguientes para la clase dirigente la existencia de estos grupos pasó a ser un tema desconocido o un asunto que debía tratarse de forma secundaria, como algo exótico y anacrónico (Lagos 1998). En este contexto la antropología argentina, como parte del conjunto de la intelectualidad moderna de la época, colaboró en gran medida con esta visibilización negativa.

A su vez, la arqueología solo se consolidó como una fuente proveedora de vestigios culturales indígenas que eran necesarios para conformar los grandes museos nacionales (Tarragó 2003). Tal como plantea Pérez Gollán (1995), para

fin del Siglo XIX, estos museos representaban ser un importante elemento de legitimidad dentro del proyecto liberal del Estado Nacional. Si bien las grandes exploraciones extranjeras o las financiadas por capitales privados continuaron, desde el Estado se promovieron numerosas expediciones a diferentes puntos del país. El Museo Etnográfico, creado en 1904, destinó sucesivas campañas a los yacimientos arqueológicos de mayor envergadura ubicados en el Noroeste argentino (NOA), mientras que el Museo Nacional de La Plata dirigió sus investigaciones a las exploraciones de la Pampa y la Patagonia (Ramundo 2008).

La gran mayoría de los arqueólogos, que regenteaban estas campañas, formaban parte del grupo de intelectuales que se involucró con la elite política y social, principalmente radicada en Buenos Aires. De allí que en las distintas esferas de pensadores se compartiera una ideología común útil para el desarrollo y la promoción del Estado Nacional. Participe de este momento, Juan Bautista Ambrosetti (1865-1917) fue uno de los representantes más destacados de la arqueología argentina. Su desempeño en el mundo de las ciencias hizo que su reconocimiento traspasara los límites de la Academia. En este sentido, la labor de este investigador resulta ser uno de los puntos de partida para el análisis histórico contextual del desarrollo de la arqueología como disciplina en las primeras décadas del siglo XX. En el caso del sitio arqueológico conocido como Pucará de Tilcara (Provincia de Jujuy, Argentina), las tareas arqueológicas que allí desempeñó dieron paso a una diversidad de actividades y hechos históricos de los que fueron partícipes sus discípulos, los Dres. Salvador Debenedetti (1884-1930) y Eduardo Casanova (1903-1977).

Con el propósito de demostrar la

manera en que el conjunto de tareas que realizaron estos dos últimos investigadores fue el resultado de una fuerte idiosincrasia nacionalista se realizó una detallada lectura de sus publicaciones y manuscritos referidos a sus trabajos en el Pucará de Tilcara. Para ello se revisaron las libretas de campo de Debenedetti², conservadas en el Archivo Fotográfico y Documental del Museo Etnográfico “Juan B. Ambrosetti” (FFyL, UBA) y el material de archivo inédito de Casanova que se encuentra en las Bibliotecas de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales (UNJU) y del Instituto Interdisciplinario Tilcara (FFyL, UBA). A través de la revisión de este material fue posible analizar la forma en que la difusión de la identidad nacional no solo se plasmó en los intereses de sus proyectos de investigación sino que también se materializó en los proyectos de restauración del Pucará y, con Casanova, en la construcción de dos monumentos conmemorativos en la cima de este poblado y del Museo Arqueológico. Si bien en este trabajo prevalece la mirada de este último investigador, el relevamiento conjunto de estos hechos permitió dar cuenta, por un lado, de las formas de apropiación y uso no académico del discurso arqueológico en diversos momentos del Siglo XX, y por el otro, del proceso de consolidación de la autoridad científica, considerando las características del programa de desarrollo y divulgación de las ciencias sociales que llevó a cabo la Facultad de Filosofía y Letras (UBA) en un enclave instalado a más de 1700 km de distancia de la misma.

2 Debido a la escueta descripción de su trabajo en el Pucará de Tilcara no se ha podido incluir información extraída de los registros de campo de Ambrosetti.

El Pucará de Tilcara y su puesta en valor

Las primeras excavaciones arqueológicas en el Pucará de Tilcara comenzaron en 1908, cuando desde el Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA) se impulsaron las investigaciones en la región. Estos trabajos estuvieron dirigidos por Ambrosetti, quien en aquel momento era el Director del Museo. Debenedetti participó en ellas al igual que lo había hecho en las campañas arqueológicas al sitio de La Paya (Salta)³, también dirigidas por Ambrosetti.

No obstante estas investigaciones, las primeras referencias sobre el Pucará se deben al arqueólogo sueco Eric Boman (1868-1924). En su viaje de 1903, el cual tenía por objetivo describir las tradiciones culturales de la región, recorrió diversos destinos, entre ellos la Puna Jujeña y la Quebrada de Humahuaca. En 1908, año en que publicó los resultados de esta expedición, mencionó brevemente al Pucará de Tilcara, al que describió como “antiguas construcciones de formas y dimensiones variadas” ubicadas en una “montaña, por encima del poblado de ese nombre” (Boman 1908: 779). Pese a lo señalado por Boman, en la revista científica *Antiquitas* de 1965, Casanova remarcó que el mérito por el descubrimiento real del Pucará se debía a Ambrosetti, ya que había sido el primero en explorar y estudiar de forma sistemática el yacimiento.

3 En ese año, Debenedetti logró la designación de Ayudante en el Museo Etnográfico y tiempo más tarde obtuvo un cargo en la Secretaría de esa misma institución. Este último cargo y su constante presencia en el Museo hicieron que suceda a su maestro en la dirección.

Con la simple atribución a Ambrosetti del descubrimiento de este sitio se pueden comenzar a desentramar ciertas disputas que concuerdan con lo que ocurría al interior de la arqueología argentina en sus inicios. Un ejemplo de ello es la recurrencia con la cual los investigadores argentinos resaltaban la labor de sus compatriotas sobre la de los extranjeros. De allí que Casanova, a pesar que habían pasado más de seis décadas desde el paso de Boman por la Quebrada, sostuviera reiteradamente en sus escritos que el hallazgo del Pucará se debía a su maestro, nacido en la Argentina. De esta manera restaba importancia a las exploraciones francesas en la región, fortaleciendo la figura de Ambrosetti ante la de Boman, quienes durante años habían mantenido marcadas diferencias en la controvertida disputa sobre la dominación incaica del Noroeste argentino (Podgorny 2004 b). Tal como señala Haber (2007), este debate quizás respondió a la necesidad de no claudicar ante la idea de un supuesto origen peruano de ciertas evidencias arqueológicas. De este modo se le otorgaba un fuerte sentido nacionalista a la ciencia, quizás alejado de la propia nacionalidad de los investigadores. Pero en términos generales, tanto la cultura material como los arqueólogos debían ser argentinos. Es posible que Casanova haya sostenido esta idea sintiéndose parte de una genealogía de arqueólogos que trabajaron en la Quebrada de Humahuaca, y más específicamente en el Pucará de Tilcara.

En relación a la restauración de este sitio, durante el desarrollo de la tercera campaña arqueológica en 1910, Debenedetti propuso a Ambrosetti iniciar estas tareas. Para Debenedetti, además de ser las primeras ruinas restauradas en la Argentina, este emprendimiento produciría una importante impresión en

los visitantes, principalmente en los investigadores que concurrían al XVII Congreso Internacional de Americanistas, que se realizaría ese año en Buenos Aires. Desde allí se había planificado un viaje a Bolivia para recorrer las ruinas de Tiwanaku, pasando por la Quebrada de Humahuaca (Debenedetti 1930). Para ese Congreso se esperaba la presencia de numerosos americanistas, como Max Uhle, Franz Heger y Eduardo Seler, entre otros, pertenecientes a los más destacados centros internacionales de investigación. En este contexto, el Pucará de Tilcara se exhibiría como una muestra de la riqueza arqueológica nacional. De allí que, posiblemente, la intención principal de Ambrosetti y Debenedetti por desarrollar la restauración parcial del sitio fuera la de enmarcar a la arqueología argentina dentro de los estándares internacionales.

Debenedetti menciona en su publicación que, aunque no pudieron recorrer el Pucará, desde la base del poblado los participantes del viaje a Bolivia pudieron comprender la posición estratégica de este yacimiento ya que “en los tiempos prehispánicos estuvo en los deslindes de culturas distintas y encontradas” (Debenedetti 1930: 137). Esta expresión resulta acorde a uno de los principales objetivos nacionales de la época: la delimitación del territorio. Tal como lo señala Zaburlín (2006), no es casual que las tradiciones culturales prehispánicas de la Argentina se delimitaran de la misma forma en que se demarcaban las fronteras políticas. Estas tradiciones, concebidas como locales por estar circunscritas al territorio nacional, dieron sustento al imaginario de una historia con profundas raíces americanas, que aunque poco tenían que ver con el presente indígena justificaban el trazado de dichas fronteras.

Retomando la idea de restauración del sitio, para Debenedetti también representaba otros beneficios. Sumado a su importancia como yacimiento arqueológico debido a su riqueza material, el Pucará se valorizaría ampliamente con estas tareas ya que serían útiles a los fines didácticos de la disciplina (Debenedetti 1930: 142). Asimismo se generaría un importante aporte al desarrollo económico de la localidad de Tilcara. Para Debenedetti, el Pucará se convertiría en un atractivo espacio de recreación para los numerosos turistas, que año tras año, llegaban en mayores proporciones aprovechando el ferrocarril⁴. A pesar de esta afluencia turística durante los meses de verano, en este punto es válido considerar las impresiones que este autor tenía acerca de esta localidad y en especial de su gente. En sus diarios de campo de 1929, tras años de no visitar la Quebrada de Humahuaca, afirmó que al llegar a la región notó que Tilcara no había perdido su “fisonomía de población indecisa”. Estas impresiones lo llevaron a reflexionar sobre su desempeño como intelectual de la época, haciendo que una de sus principales preocupaciones fuera qué medida debía tomar ante la idea de impulsar el progreso que, según sus propios términos, aunque Tilcara no lo esquivaba sí lo contenía. Acorde a

4 Tilcara, junto a los poblados vecinos de Maimará y Humahuaca, desde principios del siglo XX, funcionó como villa veraniega de las numerosas familias acaudaladas pertenecientes a los sectores dominantes de las provincias de Jujuy, Salta y Tucumán (Karasik 2007). Al igual que en otros sectores del país (Podgorny 2004 a), para esta época la arqueología regional comienza a cobrar peso en la industria del turismo. Las antigüedades pasan a ser importantes objetos de consumo en la promoción de la identidad nacional.

la retórica que se observa en todos sus escritos⁵, en el siguiente párrafo extractado de una de sus libretas de campo, se expresa este parecer que claramente coincidía con la ideología dominante de aquellos tiempos:

“Yo, en esta soledad augusta de mi campamento, la comparo con el Pucará y deduzco que los tiempos tienen poca influencia en los avances de la civilización. Son los hombres de pensamiento los que dan impulso a las cosas. Las masas de por sí son estériles. La exclusiva acción material detiene y estanca; la idea, el espíritu fomentan el desarrollo de la vida de todos. Tilcara vegeta sosteniendo un deseo que no concreta y en una aspiración que no puede precisar porque no sabe, precisamente, puntualizar...” (Debenedetti 1928: 4)

En este relato, que resulta ser tan explícito, las percepciones de la realidad que ofrece Debenedetti no sólo refieren a la necesidad de promover el avance y la civilización de un pueblo que parece sostenido en el tiempo, sino que además se orientan a rescatar el valor preciso de los intelectuales de la época como responsables y gobernantes del saber necesario para instalar el progreso. Siguiendo estos propósitos, Debenedetti, en 1928, al continuar la obra de reconstrucción del Pucará, logró que

5 Debenedetti, además de arqueólogo, fue poeta y periodista. Antes de inclinarse por completo a la arqueología fue redactor de la “Tribuna” y otros órganos periodísticos de la provincia de Buenos Aires y la Capital Federal. Por otro lado, según menciona Casanova en uno de los numerosos homenajes a su maestro, en su juventud Debenedetti fue un miembro activo del Partido Radical. Lo que implicó que en 1909 le negaran la designación de una cátedra dentro de la Facultad de Filosofía y Letras.

el carácter científico de la arqueología trascendiera los límites de la disciplina para ser en parte generadora de recursos materiales ostensibles que enaltecieran el pasado histórico de la Nación. Convencido que esta era una “ruina argentina de indiscutible importancia e interés” (Debenedetti 1930: 141), estaba firmemente decidido a completar la obra de restauración que había planificado con Ambrosetti. En sus escritos señala que su maestro consideraba a la restauración del Pucará como una “iniciativa fecunda de lo que habrá que hacerse en *pro* de nuestras ruinas, al igual que se hace en otras partes del mundo civilizado” (Debenedetti 1930: 138). Es notorio como ambos investigadores, aprovechando la propuesta de restauración del sitio, recrearon un fuerte espíritu nacionalista al remarcar el sentido de pertenencia de los sitios, que a su vez daba pie al valor de la arqueología en la construcción del pasado. Por otro lado, si se considera que el auge de la restauración de los sitios y su explotación turística en México, reconocido como uno de los centros arqueológicos más importantes a nivel mundial, transcurrió entre fines de la década de 1920 y 1950 (Schávelzon 1990), con esta propuesta iban a la vanguardia de los planteos generados en el interior de la disciplina.

La repercusión de la restauración fue tan grande que incluso Debenedetti logró que se presentara un proyecto de ley para su financiación en la Cámara de Diputados de la Nación (Casanova 1968). Con su fallecimiento en 1930, el carácter de esta empresa se transmitió marcadamente a Casanova. Como parte del homenaje que años más tarde rindió a sus antecesores, además de reanudar las tareas de restauración del sitio, comenzó con su reconstrucción. Asimismo llevó a cabo una diversidad de actividades que

hicieron que su proyecto se volviera mucho más ambicioso que el hecho de lograr la reconstrucción parcial del antiguo poblado. Así en el plazo de cuatro décadas consiguió alcanzar su principal objetivo, el de generar un importante centro de estudios regionales en Tilcara. A continuación se desarrolla parte de su obra, la cual estuvo impregnada por una fuerte ideología nacionalista y fue ampliamente respaldada por los sectores dominantes del gobierno nacional y provincial de Jujuy.

El Pucará como retrato nacionalista

En las décadas de 1920 y 1930 aún resonaban los ecos de ciertos intereses nacionalistas por crear una cultura propia que diferenciara a la Argentina de sus países vecinos y que, a la vez, diera cuerpo a la integración de un territorio sumamente amplio y regionalmente disímil. A las identidades regionales se les sumaba la dificultad de “nacionalizar” política y culturalmente a las grandes masas de inmigrantes que, lentamente, eran despojadas de su idiosincrasia e identidad de origen para ser trituradas por la maquinaria estatal de homogeneización y construcción de ciudadanía (Puiggrós 2006). En este contexto se destacaron numerosos personajes que formaron parte del mundo intelectual de la época y brindaron el soporte ideológico a un país que acentuaba su interés en la consolidación de una identidad nacional homogénea y única. Algunos arqueólogos de la época colaboraron en esa empresa y, a pesar de que un gran número de ellos desarrolló su práctica científica desde instituciones estatales, debieron contar con el respaldo de sus vínculos de parentesco, grupos políticos y clubes de elite para concretar sus acciones (Podgorny 2004 a).

Ese fue el caso de Eduardo Casanova, quien luego del fallecimiento de Debenedetti, presidió una Comisión de Homenaje orientada a perpetuar la memoria de sus maestros mediante la creación de un monumento en la cima del Pucará, inaugurado en 1935 con la ayuda del gobierno de Jujuy (Casanova 1968). Con el propósito de concretar estas tareas apeló a la participación y apoyo de distintas personalidades e instituciones reconocidas a nivel nacional. De la información escrita y de lo que se logró materializar de este proyecto se desprenden numerosos aspectos históricos e ideológicos que resultan de interés explicar más que describir, para reconocer las formas mediante las cuales Casanova concretó sus objetivos vinculándose con los sectores sociales más influyentes de la época.

En primera instancia, uno de los puntos más sobresalientes quizás sea el de los actores sociales que intervinieron en las tareas de homenaje. Karasik (2007) ha descrito en profundidad las personas e instituciones provinciales y nacionales que participaron en las distintas celebraciones y actos conmemorativos tanto en 1935 como en 1945. En su trabajo se plasma el carácter político de la participación de los grupos dirigentes y la elite jujeña, quienes buscaban la consolidación de su tradición para la construcción de un relato provincial en el cual se destacara el rol de Jujuy en el pasado de la Patria. Es por ello que los diversos actos realizados durante los homenajes a los pioneros de la arqueología resultarían útiles para la constitución de ese relato y la reafirmación de la memoria nacional.

Junto a la participación de la elite jujeña, quizás uno de los puntos más sobresalientes haya sido la intervención de Martín Noel para el diseño y construcción del monumento. Noel (1888-1963) fue un destacado arquitecto e historiador

argentino, pionero en la creación del arte nacional. Junto a Ángel Guido y Héctor Greslebin buscaron un estilo arquitectónico que fuera característico de nuestro país, apuntando como fuente de inspiración a la revisión de los estilos precolombinos y del pasado colonial o del renacimiento español (Tomasi 2006). Dentro de este movimiento, caracterizado por un espíritu modernizador, Martín Noel se inclinó en un primer momento, entre 1914 y 1930, hacia la corriente neocolonial (Gutman 1987). En su obra desarrollada en el Pucará, que es posterior a ese período, parecieran converger diversos rasgos arquitectónicos prehispánicos.

Con el propósito de homenajear a Ambrosetti y Debenedetti, en la cima del poblado, a manera de monumento, se construyó una pirámide trunca de grandes dimensiones (Figuras 1 y 2 a/b). Al levantar esta pirámide se destruyeron numerosas viviendas y talleres arqueológicos (Zaburlín 2006), que en un eufemismo Casanova describió como “*escasos restos de construcciones antiguas*” (Casanova 1950: 41). Esta pirámide fue confeccionada en grandes rocas y cemento. El alto total del monumento alcanza los cuatro metros, lo que permite que se vea notoriamente desde diversos puntos del Pucará así como desde el pie del poblado y de la Ruta Nacional que circunda el sitio. Lamentablemente, no fue posible contar con los planos elaborados por Noel ni con el proyecto y las anotaciones registradas por Casanova en los momentos previos a la construcción de este monumento. Hasta el presente se desconoce el paradero de estos documentos que podrían dar cuenta del motivo por el cual se seleccionaron determinadas características estéticas para su construcción. Sin embargo, a partir de la individualización de algunos rasgos ar-

quitectónicos es posible suponer que en ella se pretendió materializar al nuevo estilo arquitectónico nacional.

Posiblemente, emulando a los templos mesoamericanos, Martín Noel construyó a la pirámide de cuatro caras sobre una gran plataforma, que a su vez presenta una importante escalinata para acceder a la cara frontal de este monumento. Allí se encuentra ubicada una placa recordatoria de la labor de Ambrosetti y Debenedetti. Esta gran placa se sostiene en un marco en sobrerrelieve trabajado en piedra, creando así la imagen de un portal que pareciera simular los ingresos de los grandes templos mayas. Este tipo de sobrerrelieve, de líneas rectas, también se registra en algunas puertas incaicas como las que presentan varios recintos del sitio arqueológico de Ollantaytambo en Perú. Asimismo, las ventanas ubicadas en el frente de este monumento, sin llegar a ser trapezoidales, recuerdan a las aberturas y nichos que se encuentran en numerosos de los grandes poblados incaicos de los Andes centrales.

Siguiendo las propuestas de su movimiento, Noel priorizó en esta obra la utilización de las características artísticas y arquitectónicas de las grandes civilizaciones precolombinas, como la maya, azteca e inca. De esta manera, y tal como lo expresó en el Congreso de Americanistas de 1922, en el cual participó como delegado de la Argentina, la arqueología debía trascender su carácter científico para vivificar el valor de las “*edades fenecidas [...] despertando su propia esencia como una promesa del porvenir*” (Citado en Podgorny 2004 a: 162). Por ello, en estos términos, no resulta absurdo como homenaje a los pioneros de la arqueología la selección y el diseño de una pirámide que presentara una mezcla de rasgos de la América precolom-

bina. En esta obra se resumen algunos aspectos del buscado nuevo estilo de la época, concretando las ideas de creación de una estética particular que contribuyera a la restauración nacionalista, que en este caso nada tenía que ver con las características constructivas prehispánicas de la Quebrada de Humahuaca.

En los aspectos de índole cultural, quizás el principal protagonista de la restauración nacionalista haya sido Ricardo Rojas (1882-1957). A un siglo de la Revolución de Mayo, Rojas proponía revalorizar y defender la especificidad cultural argentina que zozobraba ante las oleadas de inmigrantes y el creciente cosmopolitismo (Romero 1987). Para un país que aún no estaba fuertemente consolidado, este literato influenciado por la obra de Rodó, defensor de la Historia como formadora de conciencia, de la educación nacionalista y de una estética moderna, dio las bases fundamentales a dicho movimiento a través de diversas obras como *La Restauración Nacionalista* de 1909 y *Eurindia* de 1924 (Tomasí 2006). En esta última, Rojas presentó numerosos aspectos e ideas que posiblemente, años más tarde, resultaron ser de inspiración para Martín Noel al momento de diseñar el monumento en el Pucará.

Rojas definió al término *Eurindia* como la expresión de una ambición originada en el deseo de crear una cultura nacional que fuera a su vez fuente de civilización. Para este autor, *Eurindia* era el resultado de la amalgama entre Europa y las Indias Occidentales. Así se creaba una entidad única con la refundición de dos corrientes espirituales (Rojas 1951). A diferencia de los aspectos políticos, en los cuales prevalecían los valores del “exotismo” propios de Europa, en lo referente a la estética el “indianismo” proveía la cuota necesaria para el crecimiento de un arte nacional en el cual no



Figura 1. Plano del Pucará de Tilcara (Modificado de Zaburlín, 2009).

se resaltaba ni a la barbarie gauchesca ni a la cosmopolita (Rojas 1951). A su entender se podía lograr una unidad de

todas las artes y, a su vez, extender ese arte a todo lo americano (Schávelzon y Tomasi 2005). Con respecto al naciona-

lismo en la arquitectura proponía que no se debía simplemente copiar las decoraciones incaicas, aztecas o calchaquíes, entre otras, sino que se debía “*crear, sin desdeñar la arqueología, pero sin olvidar la naturaleza*” (Rojas 1951: 204). Para ello indicaba que la solución se hallaba bajo las normas de *Eurindia*, “*en una colaboración de todas las artes sintetizadas por la conciencia total de la vida americana*” (Rojas 1951: 204).

Para Rojas, como para otros intelectuales de la época, el Imperio Incaico era la máxima expresión y el referente de la “*tradición primitiva*”. Precisamente comparaba a los incas con las raíces de un árbol por haberse nutrido de la tierra nativa. Esta necesidad de buscar antece-

denes históricos profundos, “*dignos de una Nación*”, llevó a que los arqueólogos tuvieran un lugar destacado en su obra. En su alegoría simbólica, en la que narró el desarrollo de la formación cultural argentina mediante la metáfora de un árbol, él consideraba que las raíces representaban a los “*primitivos*”, los que habían alcanzado “*el subsuelo de la más profunda tradición local*” (Rojas 1951: 112). Los coloniales conformaban el tronco; los patricios las ramas y los modernos la fronda de hojas. Dentro de los modernos incluía a los intelectuales, destacando la obra literaria de historiadores y arqueólogos, como Ambrosetti, ya que a través de ella la sociedad argentina adquiriría conciencia de sí misma. Asimismo,



Figura 2 a y b. Vista de la pirámide construida en 1935 en homenaje a los arqueólogos Ambrosetti y Debendetti.

mo subrayaba la acción profesional de Martín Noel al considerarlo como uno de los forjadores de la escuela argentina de arquitectura. Además de estas referencias, que demuestran el alto grado de estima que Rojas tenía por la labor de estos intelectuales, se debe mencionar que entre los mismos existía un estrecho lazo profesional. Tanto Ambrosetti como Rojas y Noel participaron en el primer número de la Revista de Arquitectura del Centro de Estudiantes de la Universidad de Buenos Aires. Esta revista, editada en 1915, tenía la intención de difundir las ideas de creación de un nuevo estilo arquitectónico nacional (Tomasi 2006). En esta publicación, Ambrosetti ofrecía al Museo Etnográfico como fuente de información e inspiración para la creación de elementos decorativos que imprimieran un sello americano (Ambrosetti 1915). Este trabajo también posee un fuerte tinte nacionalista que revela claramente su visión como miembro de la generación del '80, distinta quizás del espíritu que por entonces promovía Rojas. Su devoción patriótica lo llevó a expresar, al describir el diseño de los ponchos pampas que se conservaban en el Museo, que eran "*los mismos que usaban y fabricaban los indios que no hace muchos años habitaban el sur de la Provincia de Buenos Aires, y que tanto trabajo dieron que hacer al país hasta que el General Roca con su Campaña del Desierto concluyó con esa verdadera pesadilla*" (Ambrosetti 1915: 16).

Por otro lado, Ricardo Rojas fue Decano de la Facultad de Filosofía y Letras entre 1921 y 1924, y Rector de la Universidad de Buenos Aires entre 1926 y 1930. Resulta plausible, pues, que sus ideas se hayan difundido en el ámbito académico de la arqueología. En la actualidad resulta sumamente complejo establecer las causas que llevaron

a Casanova a erigir este monumento en la cima del Pucará, para lo cual destruyó una gran parte del poblado. A pesar de ello, es posible imaginar que su obra respondió a los parámetros de aquella ideología fuertemente instalada para la constitución del ser nacional y la erradicación de toda diversidad cultural. Estimulado por las ideas de la época, pareciera que esta primera obra de Casanova en el sitio, considerando que la desarrolló en la década de 1930, respondió a la propuesta utópica de Rojas de construir un gran templo, el Templo de *Eurindia*, en el que todos los grandes protagonistas de la historia tuvieran un lugar. En este sentido y tal vez de modo conjetural, posiblemente concibió al Pucará como parte de la "fábrica espiritual de la patria", parafraseando la idea de Rojas de simbolizar mediante este Templo la formación artística del país, que concebía como el corazón de la historia social.

Rojas imaginaba que este templo, el cual se componía por numerosas naves, presentaba "*reminiscencias de todos los estilos; pero nada hay allí que no sea alusión a las tradiciones de América*" (Rojas 1951: 267) (Figura 3).

En la nave de los "primitivos" ubicaba a las figuras de los incas peruanos, los caciques indios y los caudillos gauchoescos, por ser quienes habían conformado las raíces de su simbólico árbol. Mencionaba como sus representantes a Viracocha, Atahualpa, Viltipoco, Oberá, Facundo y Rosas. En la nave de los coloniales incluía a los conquistadores españoles, los evangelistas cristianos y los fundadores de las ciudades; representados por Almagro, Caboto, Aguirre, Garay Solano y Bolaños. En la nave de los patricios ubicaba a los héroes libertadores, los tribunos revolucionarios y los organizadores de la República, como San Martín, Belgrano, Moreno, Gorriti,



Figura 3. El templo de Eurindia según Ricardo Rojas (1951). Ilustración de Alfredo Guido.

Urquiza y Mitre. La última nave pertenecía a los modernos, constituida por los gobernantes, los sabios y los artistas. A pesar de los “*muchos hombres representativos de la raza*” (Rojas 1951: 269) solo incluyó en esta nave a Avellaneda, Roca, Ameghino, Ambrosetti, Andrade y Obligado.

Al igual que Rojas, quien consideraba a su templo como un lugar de contemplación, como un “*monumento de armonías morales, simbolizadas por las artes plásticas*” (Rojas 1951: 269), la obra de Casanova no sólo tuvo por objetivo homenajear a Ambrosetti y Debenetti. Casi veinte años más tarde de la construcción del monumento, al oeste de la pirámide, realizó otra gran plataforma como basamento para sostener una imponente estatua de bronce de un indio, el cual iba a estar intensamente iluminado, para que también se lo contemplara desde distintos puntos, incluso por la noche. Lamentablemente, en esta ocasión nuevamente destruyó parte del poblado al

ampliar las obras en la cima y construir un ancho camino de vehículos para acceder a esta área (Figura 1). En la revista *Antiquitas* de 1969 figura una breve mención de este proyecto. Se describe a la estatua como un símbolo para Tilcara en el que se representaría a la “*raza autóctona*” de los que poblaron el Pucará. Casanova deja por escrito en distintas notas personales que para lograr esta representación “*autóctona*” su intención era que el indio vistiera un *uncu*, una vincha con un tocado de plumas y llevara ojotas como calzado (Figura 4).



Figura 4. En un principio, el diseño de Casanova contemplaba la estatua de un indio de cuatro metros de alto que sostenía en una de sus manos un arco y flecha, mientras que con la otra, apoyada en la frente, avizoraba el horizonte. Cuando el escultor Vergottini se encarga del proyecto, por falta de recursos diseña una figura de solo dos metros de altura. Tal como se ve en esta fotografía de la revista *Antiquitas* de 1969, y según como lo describe Casanova, finalmente el indio presentó los brazos levantados al cielo en señal de invocación a los dioses o adoración al sol.

Luego de casi una década de gestiones, finalmente no logró concretar este proyecto por falta de recursos. Para 1975 sólo se había fundido la mitad superior de esta figura⁶. En su registro epistolar son notorias las múltiples tratativas que realizó para intentar concluir-la. Por ejemplo, a fines de la década del '60 acudió al gobierno de la Nación⁷. El general Juan Carlos Onganía, quien era presidente de facto, después de una visita al Pucará dispuso por Decreto del Ejecutivo tomar las medidas necesarias para erigir el "Monumento al Indio" (Figura 5). En este decreto se afirmaba que:

*"el Pucará de Tilcara-Jujuy, es un monumento histórico que atesora valiosos elementos antropológicos que documentan la vida y evolución de la sufrida raza americana que pobló los macizos andinos, estimándose en consecuencia que constituye el lugar adecuado para la erección de un monumento destinado a su homenaje y recordación"*⁸



Figura 5. Fotografía registrada en 1967, durante la visita de Onganía al Pucará de Tilcara. En la imagen, Casanova aparece inclinado sobre el vano del edificio incaico reconstruido que tradicionalmente se conoce como "La Iglesia".

En todas las manifestaciones que anteriormente se han descrito es notoria la concepción que se tenía del Pucará. Desde el momento en que Casanova organizó la construcción de la pirámide y décadas más tarde del Monumento al Indio, este antiguo poblado, a pesar de ser uno de los sitios arqueológicos más estudiados del Noroeste argentino, pasó a tener mayor relevancia como escenario de distintos homenajes. Esta concepción quedó claramente plasmada en uno de sus escritos inéditos en el que recordaba a Ambrosetti. Allí expresó: *"sin duda estas venerables ruinas restauradas sirven para ser testimonio perenne de su gloria científica, prestando el adecuado marco al monumento que perpetúa su memoria"*. Abruptamente dejó de manifestarse la riqueza científica del Pucará para dar paso a la valorización del sitio como un espacio de carácter sagrado, evocativo de importantes figuras. Al parecer no bastó con que los restos arqueológicos

⁶ En la actualidad se desconoce el paradero de esta parte de la escultura ya que, con la muerte de Casanova, nunca se llegó a colocar en el Pucará. No obstante, algunos pobladores de Tilcara mencionaron que esta pieza se conserva en el taller artesanal de un familiar de Vergottini, ubicado en el Gran Buenos Aires (Walter Apaza, comp. pers.)

⁷ Debido a su orientación política, afín a la extrema derecha, por décadas sostuvo contacto con influyentes personalidades tanto del gobierno nacional como provincial y de las Fuerzas Armadas. Estos vínculos lo respaldaron ante diversas peticiones y momentos históricos disruptivos. Así, haciendo uso de sus amistades, en varias oportunidades logró la ayuda financiera necesaria para el desarrollo de numerosos proyectos.

⁸ Decreto n° 6517 del Poder Ejecutivo de la Nación, 1968.

fueran testimonio de los antiguos habitantes o que los trabajos arqueológicos realizados por Ambrosetti y Debenedetti dieran cuenta de su accionar profesional. Para Casanova fue más importante y necesario materializar estas figuras, inmortalizarlas espacialmente de manera significativa, logrando de una manera u otra preterizarlas mediante un gesto simbólico que a su vez construyera y reforzara su propio linaje científico.

De allí que la construcción de estos monumentos pareciera responder a la idea de Rojas de edificar el Templo de *Eurindia*. Tal como en este Templo, Casanova hizo visible la presencia de Ambrosetti y de la figura de un Indio para representar con ella el tiempo de los primitivos, de los caciques, particularmente de Viltipoco. Incluso, sobre este último, durante la obra teatral y ballet titulada *Viltipoco*, es crita por el poeta jujeño Marcos Paz, y que se presentó en el Pucará en 1970, Casanova mencionó en el discurso inaugural:

“este viejo pueblo indígena, hoy en parte restaurado para hacerlo revivir como era en sus días de esplendor cuando Viltipoco, el gran último de los caciques de los Omahuacas, tenía en él uno de sus principales reductos. La historia de los últimos tiempos del Pucará está muy ligada a la del cacique: los estudios arqueológicos han demostrado que estuvo habitado hasta los primeros días de la conquista y que fue abandonado después de la desaparición del gran jefe de la Quebrada”.

Si bien se podría decir que el nacionalismo que promulgaba Casanova se diferenciaba del de Rojas, o por lo menos esto fue así en las décadas posteriores a la construcción de la pirámide ya que su perspectiva política se refugió en el nacionalismo franco-fascista, pareciera que en toda su obra en el Pucará

no hizo más que plasmar las ideas que promovieron éste y otros intelectuales de comienzos del Siglo XX. De allí que consagrara y rindiera culto a aquellos investigadores de forma continua, que tal como afirmó con la placa ubicada en la pirámide dieron “eco al silencio” “de un pueblo muerto” (Figura 6). A su entender un pueblo desaparecido que sólo resucitaba con el trabajo de los arqueólogos, tal como también lo mencionara Rojas (1951) “*con la exhumación de sus huesos y de sus artes*”. Este tipo de afirmaciones dieron fuerza a que, a lo largo de casi todo el Siglo XX, se sostuviera la discontinuidad de los derechos de los pueblos indígenas contemporáneos, resolviéndole con su negación a las clases dominantes una importante cuestión (Karasik 1994).

En este sentido, la obra de Casanova es el fiel reflejo de aquella ideología nacionalista en que el pasado sólo se recuperaba para dar fuerza a las bases patrióticas y construir una memoria común. A tal punto perduró su espíritu patriótico a través del tiempo que en el verano de 1952 realizó un gran acto cívico en la cima del Pucará para inaugurar un mástil que enarbolaba la bandera argentina. Como era costumbre en dichos actos participaron el gobernador de la provincia de Jujuy y la guardia de honor de soldados, entre otras figuras. En esta instancia nuevamente el Pucará se cargó de símbolos propios de la idea de Nación. Así se sumaba a la pirámide la “*enseña patria flameando en el mástil del monumento*” (Casanova 1968: 45).

El resultado de estos proyectos hizo que en sólo una pequeña fracción de su largo tiempo de existencia el Pucará sufriera una gran transformación, con la que se logró hacer del sitio arqueológico un retrato nacionalista. A través de sus intervenciones, Casanova posiblemente



Figura 6. Placa colocada en homenaje a Ambrosetti y Debenedetti.

pretendió reflejar su propia visión de la Nación y de la arqueología. Por esta razón, en la actualidad ya no sólo es fuente de información del pasado prehispánico sino que también es el reflejo del desarrollo de esta disciplina, que como ciencia se fortaleció con el servicio al Estado. El Pucará no sólo sufrió incontables saqueos durante el período en que Debenedetti falleció y Casanova reorganizó las reconstrucciones, sino que también sufrió el despojo y la usurpación por parte de los arqueólogos que hicieron del poblado un verdadero Mausoleo; no sólo porque albergaba los restos de sus antiguos pobladores sino porque también en 1968, en la pirámide, se incluyó una urna con las cenizas de Debenedetti mediante una ceremonia celebrada por un Obispo de la Prelatura de Jujuy (Figura 7).

Es por este tipo de intervenciones que este sitio arqueológico se diferencia de otros sitios argentinos también su-



Figura 7. Placa ubicada en uno de los laterales de la Pirámide al momento de depositar los restos de Debenedetti.

mamente investigados. En el Pucará se dieron sucesivos eventos para enaltecer a los pioneros de la arqueología, que a su vez sirvieron para consolidar la autoridad científica de los mismos y en última instancia la de Casanova. En incontables actos conmemorativos éste exaltó la acción profesional de sus maestros, ha-

ciendo que en definitiva también se consagrara su labor por tener una filiación directa con ellos. A manera de ejemplo decía: “pieza descripta por Ambrosetti es pieza salvada al porvenir”. Pero más allá de su práctica arqueológica también en sus discursos destacaba su figura como prototipo patriótico de la generación del '80, por el modo en que había impulsado el progreso científico, intelectual y cultural en el país. Incluso en el homenaje con motivo del centenario de su nacimiento, demostró el contacto que Ambrosetti tuvo con los intelectuales de aquella época, haciendo énfasis en que su mujer había sido la hija del naturalista Holmberg. También la destacó al decir que “fue la esposa ideal para un hombre de ciencia” y que gracias a ella pudo “efectuar la extraordinaria obra que enorgullece a la Argentina”. Por otro lado, en relación a Debenedetti, en un importante homenaje que se realizó décadas después de su muerte en el Instituto Nacional de Antropología, señaló la trascendencia internacional que tuvo este arqueólogo como representante de la Argentina. Para ello hizo referencia al prólogo escrito por Paul Rivet en la obra póstuma de Debenedetti, “La antigua civilización de los Barreales del Noroeste argentino”, quien allí había expresado que su prematuro fallecimiento resultaba ser una grave pérdida para los americanistas.

No obstante los diferentes reconocimientos que Casanova realizó a sus antecesores, acerca de Debenedetti, a quien consideraba su amigo personal, expresó: “*creo que el homenaje que más grato debe haber sido a su espíritu es el haber restaurado el Pucará de Tilcara, proyecto que él acariciara durante tantos años y que se proponía iniciar a la vuelta de lo que fue su último viaje*”.

La segunda etapa de reconstrucción del Pucará y la creación del Museo

Casanova retoma la iniciativa de restauración de Debenedetti poco tiempo después que la actividad privada en la arqueología finalizara para dar paso al apoyo científico a través del sector público, en algunos casos mediante la intervención de las universidades estatales (Bonnin 2008; Ramundo 2008). Si bien en 1948 gestionó satisfactoriamente la donación a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires de las tierras del Pucará por parte del gobierno provincial de Jujuy, es en 1949 cuando el rector de la Universidad designó una Comisión para la toma de posesión de las tierras, en la que participaba Casanova. Mediante un acto frente a la pirámide del Pucará, el gobernador de Jujuy entregó el acta de transmisión del dominio (Casanova 1950). A partir de ese momento se comenzaron a desarrollar diferentes actividades para lograr la reconstrucción del sitio, la creación del Museo Arqueológico y la habilitación de una residencia universitaria.

Las gestiones de Casanova fueron constantes. Tal es así que previo al inicio de la reconstrucción del poblado, pidió la colaboración del Instituto Geográfico Militar para relevar la zona mediante aerofotografía. Asimismo logró que la Dirección de Industria Minera enviara un topógrafo para levantar un plano parcial del poblado. Convencido de tener el conocimiento certero sobre las características que habían tenido las antiguas viviendas, desarrolló de manera sistemática lo que para él resultaba ser una reconstrucción fidedigna de los distintos sectores del Pucará (Casanova 1950). Para ello focalizó la reconstrucción en varios sectores del poblado, techando más de cincuenta recintos, recuperando cien sepulcros del cementerio este, más

de 2000 metros de caminos y casi una docena de grandes corrales. No conforme con la reconstrucción de los recintos, sus planes incluyeron la instalación en distintos lugares del sitio de esculturas de indígenas a tamaño natural, representando tareas de la vida cotidiana. En sus distintos escritos repitió su interés de convertir al Pucará no sólo en un foco de atracción para especialistas y estudiantes sino también en un centro cultural para personas de todas clases (Casanova 1950).

A pesar que a mediados de la década de 1950 se produjo una apertura teórica en el campo de las ciencias sociales y de la disciplina arqueológica (Tarragó 2003), Casanova continuó ejerciendo su práctica profesional bajo los lineamientos de la Escuela Histórico Cultural⁹. Al igual que otros colegas de su época principalmente siguió interesado en el acopio de grandes cantidades de objetos completos que servían para definir las distintas culturas prehispánicas de la región y, a la vez, para ampliar las colecciones de los museos nacionales. De allí que durante la reconstrucción del poblado realizara una amplia “limpieza” de numerosas viviendas y talleres arqueológicos (Casanova 1970). Las piezas que de allí extrajo, años más tarde formaron

9 En el ámbito académico se alineó con investigadores como José Imbelloni y Marcelo Bórmida, quienes en innumerables ocasiones respaldaron sus proyectos. Incluso en el expediente en que se registra la donación de las tierras por parte de la provincia de Jujuy a la Facultad de Filosofía y Letras, allí figura Imbelloni, junto al prestigioso arquitecto Mario Buschiazzo, como uno de los responsables de la Comisión Especial conformada para el estudio de la reconstrucción del Pucará (Archivo Fotográfico y Documental del Museo Etnográfico “Juan B. Ambrosetti”, FFyL, UBA).

parte del Museo Arqueológico Regional de Tilcara, al que consideraba como el “lógico complemento de la restauración del Pucará” (Casanova 1950: 44).

Para lograr la creación de este Museo, el Decano de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA) designó a Casanova como asesor de todas las actividades. En un primer momento se había considerado construirlo al pie del Pucará, junto a una residencia que albergara a los docentes y estudiantes que llegaran a la Quebrada de Humahuaca para realizar sus investigaciones. En 1952 se comenzó la construcción de esta residencia y a su vez se habilitó una casa en la entrada del sitio para instalar a un cuidador y así evitar los saqueos. Finalmente, el Museo no se pudo construir, pese a los reclamos del gobierno de Jujuy a la Facultad de Filosofía y Letras para que cumpliera con el compromiso asumido en ocasión de serle donadas las tierras.

Sin embargo, catorce años después, la señora Carlota Aparicio de Colombo dona una antigua casona para su armado frente a la plaza principal del pueblo de Tilcara (Casanova 1968). Para obtener los fondos necesarios para acondicionar este edificio y ampliarlo, Casanova debió recurrir a sus vínculos sociales más estrechos de la elite jujeña y porteña. Así obtuvo importantes sumas de dinero del Gobierno Provincial, la Dirección Nacional de Turismo, la Universidad de Buenos Aires y de Rebeca Molinelli Wells, mujer del arqueólogo Fernando Márquez Miranda, quien trabajara en la región.

Asimismo logró que el gobierno Provincial proporcionara los fondos necesarios para armar las vitrinas y traer desde el Museo Etnográfico de Buenos Aires tres mil piezas arqueológicas que compondrían al nuevo Museo. Una comisión compuesta por Casanova como futuro

Director de este museo, Difrieri como delegado de la Facultad, y Bórmida, en aquel momento Director del Instituto de Antropología, seleccionó la gran mayoría de estos objetos (Casanova 1971). Lamentablemente dividieron numerosas colecciones del Noroeste argentino y Andes Centrales y Meridionales las cuales quedaron repartidas entre Buenos Aires y Tilcara¹⁰. En la inauguración del Museo, en 1968, participaron el Secretario de Cultura y Educación de la Nación, el Gobernador de la provincia, el Rector de la Universidad de Buenos Aires, el Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, varios representantes del Ejército Nacional, directores e integrantes de distintos centros científicos del país, miembros de las Secretarías de Turismo Nacional y Provincial y el Obispo Diocesano de Jujuy, entre otros.

La presencia de estas personalidades en la inauguración y la forma como se recaudaron los fondos para crear el Museo demuestran dos aspectos de aquella realidad histórica. Por un lado, la manera en que Casanova estaba involucrado con ciertos círculos de la elite política y social, tanto a nivel nacional como provincial¹¹. Por otro lado, la trascendencia de estas actividades, que da cuenta del lugar que ocupaba la arqueología como ciencia al servicio del desarrollo cultural y

sobre todo turístico de la región. Incluso Casanova lo expresa en una de sus notas, para él la creación del Museo representaría otro importante atractivo que ofrecerles a los visitantes de la Quebrada de Humahuaca. Asimismo, el alcance que tenía este tipo de práctica arqueológica se vuelve evidente con la declaratoria de Tilcara como Capital Arqueológica de Jujuy en 1967, también promulgada mediante decreto provincial. Ante esta mención, Casanova elaboró un largo discurso para expresar su gratitud, a la vez que justificó tal designación por ser el “*Pucará de Tilcara la más preciada joya de nuestro patrimonio prehistórico*”. Incluso en esa misma oportunidad, como plantea Achúgar (2001), no faltó el elemento imprescindible del discurso de la memoria nacional, es decir la mención del carácter liberador de las guerras de independencia. En una breve descripción histórica de la Provincia de Jujuy planteó lo siguiente:

“transcurrieron apacibles los largos años de la colonia y luego vinieron las tempestuosas décadas de la lucha por la Independencia en las que indígenas y criollos lucharon juntos, heroicamente, para crear la Patria nueva y consolidarla. A principios de este siglo, cuando la ciencia procura revivir el pasado de los pueblos desaparecidos se inician los estudios arqueológicos en Jujuy. En Tilcara está la única ruina prehispánica reconstruida de todo el país”.

En esta cita también se destacan varios argumentos que dan cuenta de la postura ideológica de Casanova. A partir de su mención sobre los años de la colonia, descritos como pacíficos, se comprende como su imaginario del mundo moderno/colonial respondía a una visión romántica y negadora de todo tipo de conflicto al interior de una sociedad donde, en lo particular, se reconoce que

10 Este hecho suma otra dificultad a la actual contextualización de las piezas recuperadas en las numerosas excavaciones de distintos sitios del NOA, ya que, además de los materiales que durante años salieron del país mediante canje a Museos Internacionales, este nuevo traslado de objetos representa hasta el presente un entorpecimiento más para la identificación de los objetos en los catálogos originales.

11 Vale mencionar que Casanova se casó con una distinguida mujer de la alta sociedad jujeña, la señora Elvira Helguera Graz.

existieron rebeliones y confrontaciones indígenas que llegaron a involucrar a los criollos (Mignolo 2005). Asimismo resulta llamativo el uso de la presencia/ausencia de los pueblos indígenas en el derrotero histórico. Primero aclama su valor en la lucha junto a los criollos para constituir la tan preciada “Patria nueva”, aunque luego sostiene que sólo la arqueología podía revivirlos, dando a entender que con el surgimiento de la República súbitamente habían desaparecido. En este sentido, también con su proyecto en el Pucará, sostuvo esta negación de la existencia de los pueblos indígenas en el presente al inmortalizar su presencia sólo a través de lo que sería el Monumento al Indio. Pero esta visibilización negativa no sólo se mantuvo en el discurso de Casanova a lo largo de toda su trayectoria. Si bien a mediados de la década de 1940, el nacionalismo popular del peronismo, con la afirmación de la Nación ante el Imperialismo, consideraba la revisión de la historia oficial y la incorporación de la cultura popular y de los grupos indígenas en las prácticas educativas (Márquez 1995), es necesario resaltar que en realidad desde toda la práctica de las ciencias sociales, al igual que desde dichas políticas populistas gestadas para la erradicación de la exclusión, no se llegó a incluir las necesidades del indígena¹². Tanto la

12 A pesar que deba resaltarse la figura del General Perón, quien en 1945 por medio de la Secretaría de Trabajo y Previsión logra obtener del Poder Ejecutivo el Decreto-Ley 9658 mediante el cual se prohibía el desalojo de las comunidades indígenas instaladas en tierras fiscales, un ejemplo de las limitaciones de estas políticas fue el caso del “Malón de la Paz”. En 1946, desde la Puna Jujeña partieron cientos de campesinos, que caminaron durante dos meses hasta Buenos Aires, con el propósito de reclamar ante Perón

antropología como la arqueología, hasta varias décadas después, continuaron desarrollándose sin un compromiso social con su “objeto de estudio”. De allí que durante años, el hecho de que no se presentaran críticas al sistema permitió que muchos trabajos de investigación continuaran con los pocos fondos que generalmente se destinaban desde el gobierno.

En el caso de Casanova, para el desarrollo de todos sus proyectos, aunque contaba con el respaldo de la Facultad de Filosofía y Letras, en ciertas ocasiones le valieron más sus vínculos y amistades que el apoyo de la universidad. A tal punto que gran parte de la reconstrucción del Pucará la hizo con la ayuda del Ejército, quien brindó mano de obra, y de sus contactos con el gobierno de Jujuy el cual otorgó numerosos subsidios para el desarrollo de distintas investigaciones. También, a manera de ejemplo, en 1973, cuando en Tilcara prácticamente no había calles asfaltadas, logra mediante otro decreto del gobierno provincial la pavimentación del camino que conduce a este sitio. En este sentido y retomando lo propuesto por Karasik (2007) acerca de los propósitos de los sectores dominantes de Jujuy de construir su propia memoria y tradición, Casanova permaneció comprometido por décadas con estos grupos; lo que quizás significó la clave del éxito de su proyecto.

Asimismo respaldó el accionar de los sectores dirigentes más fuertes de esta provincia, inclusive el de los militares

la tenencia de tierras, que aunque desde siglos ocupaban sus familias, debían mensualmente pagar costosos arrendamientos (Kindgard 2002). El flaman gobierno de Perón no respondió favorablemente a este pedido. Incluso, paradójicamente, hospedó a aquellos jujeños en el “Hotel de los Inmigrantes” de la Capital Federal.

durante los tiempos de la más extrema dictadura en el país. En sus archivos queda el precedente de la copia de una carta escrita al Coronel Bulacios, Jefe de la Guarnición de Jujuy, meses antes del inicio del llamado “Proceso de Reorganización Nacional”. En esa misiva hace llegar su pésame por los soldados jujeños caídos en “defensa de la Patria”. A su vez concluye diciendo: “con plena solidaridad con la obra que realiza el Ejército reciba las expresiones de mi más alta estima”. Esta postura de extrema derecha llevó a Casanova a enfrentarse con diversos investigadores que llegaron a radicar sus investigaciones en el Instituto Interdisciplinario Tilcara. A su vez, en 1974, por un breve lapso, presentó la renuncia a su cargo como director, cuando en la Facultad de Filosofía y Letras asumieron nuevas autoridades afines a líneas políticas distintas de las que él seguía. No obstante esta breve suspensión, mantuvo su cargo hasta su fallecimiento en 1977.

Al revisar su gestión en Tilcara es notable como, en pocas décadas a partir de aquel proyecto que aparentaba ser solo un simple homenaje a sus maestros y continuar su obra en el Pucará, Casanova logró concretar un plan de múltiples ambiciones. Así, a más de 1700 kilómetros de Buenos Aires, generó la estructura necesaria para desarrollar un enclave universitario a la distancia. Un espacio institucional que trascendió la investigación arqueológica y su divulgación para convertirse además en un centro de producción científica de diversas disciplinas. Hacia 1971, cuando existían desde hacía tiempo las secciones de Restauración del Pucará, Museo Arqueológico y Residencia Universitaria, se les sumaron el Centro de Estudios Regionales Tilcara y el Jardín Botánico, construido al pie del Pucará. Todas estas secciones y la

Biblioteca se agruparon bajo el Instituto Interdisciplinario Tilcara en 1972. De esta manera, la Facultad de Filosofía y Letras cohesionó y formalizó legalmente los trabajos que se venían desarrollando en Tilcara bajo la mirada atenta de Casanova¹³.

A pesar del paso del tiempo, como director del nuevo Instituto, continuó sosteniendo el valor de las ciencias sociales en la construcción de la identidad nacional. Iniciados los '70, en las memorias institucionales y en sus propuestas de investigación dejó plasmados estos intereses. En sus escritos propuso que los trabajos desarrollados en Tilcara debían enmarcarse bajo la figura de un proyecto que tuviera por objetivo el estudio integral de la Quebrada de Humahuaca. Así consideraba que se debían abordar diversos aspectos históricos, geográficos y folklóricos, además de arqueológicos, con el propósito de generar el conocimiento necesario para el desarrollo de la región y para lograr “*eleva el nivel de bienestar social que la zona reclama en este momento de reconstrucción general y liberación nacional*”.

Como si fuera parte de una tradición, al igual que para sus maestros después de su fallecimiento uno de los aspectos de su obra que más se destacó fue el espíritu nacionalista. El profesor emérito Federico Daus, quien era el Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, resaltó este aspecto en su discurso fúnebre, di-

13 Incluso, a partir del testimonio de algunos empleados del Instituto Interdisciplinario que trabajaron con él, se podría comparar su desempeño como director con el de un estricto patrón de Estancia o de Ingenio azucarero y tabacalero, tan extendidos en la zona. Esto le dio un fuerte carácter colonialista a dicha institución que durante décadas impactó negativamente en la comunidad local.

ciendo que todos sus ideales habían sido por “*el bien de la Patria, el progreso de la ciencia y la elevación de los valores culturales de los pueblos*”. Una vez más en la historia de la ciencia, se repetía el deseo de consagrar a la personalidad de los arqueólogos por ser un ejemplo de la lucha y trabajo para el beneficio de la Nación. Una Nación que sólo requería de la arqueología para dar sustento a las razones que mantuvieran inconclusa una problemática social que venía siendo postergada por siglos. Así, la arqueología, por tener que revivirlo y exhumarlo, daba cuenta de la inexistencia de aquel “objeto de estudio”, que solo se traía al presente como testimonio del pasado pero no del presente indígena.

Reflexiones finales

La trascendencia del trabajo de Ambrosetti, Debenedetti y Casanova, en diferente medida, lleva más a la reflexión del proceso de producción histórica que de la naturaleza propia de las representaciones del pasado (Gnecco 2009). Esta idea encuentra un espacio argumentativo en la apropiación del discurso arqueológico para un uso no académico por parte de la clase dirigente jujeña. En este caso su uso claramente no fue descolonizador, sino que sirvió para legitimar los espacios de poder de los grupos dominantes y, de manera simbiótica, reforzar la autoridad científica a través de diversos eventos académicos (Angelo 2009) y frecuentes actos cívicos. La construcción del discurso acerca de la arqueología local estuvo fuertemente mediada por relaciones diferenciales que establecieron los arqueólogos con los diversos actores sociales según los sucesivos contextos sociopolíticos ocurridos en la región y a nivel nacional. De allí que se podría plantear que la llegada de los primeros

arqueólogos y su forma de desarrollar la práctica profesional en la Quebrada de Humahuaca no fue ingenua, ya que estuvo fuertemente estimulada por las ideas de constitución de la identidad nacional y la delimitación de las fronteras. Es por ello que en este trabajo, además de resaltar el cariz nacionalista de los proyectos arqueológicos e institucionales llevados a cabo en Tilcara, se pretendió, por un lado, ilustrar cómo fue parte de este proceso y, por otro lado, lograr un antecedente para futuras propuestas de análisis y prácticas de trabajo.

Es de esperar que el estudio profundo de la comunidad académica que se instaló en Tilcara después del fallecimiento de Casanova, permita comprender en retrospectiva la forma en que los arqueólogos se vincularon con la comunidad local, particularmente con los grupos originarios. De esta manera, en el marco regional, se podría contribuir desde una línea de trabajo a la resolución de las fuertes tensiones que existen entre la disciplina y los diversos miembros de las comunidades indígenas. Quizás, esto demuestre que es hora de romper con la clave de lo que fue el éxito de Casanova; ya no hay espacio para una arqueología tradicional, en el sentido de la práctica profesional clásica. El desafío parte en gran medida en hallar la forma de articular la amplia pluralidad de discursos que se plantean en torno a la práctica arqueológica y, en este caso, en relación a la puesta en valor y manejo del Pucará de Tilcara, ya que se balancean distintos aspectos que hacen que este antiguo poblado se repositone como un punto de interés para distintos sectores, por su valor como espacio de referencia identitaria o por sus posibilidades económicas, como destino de interés turístico. En la actualidad, tal como lo plantea Endere (2007) acerca de la realidad de este

sitio arqueológico, desde los distintos actores locales se escuchan una diversidad de voces que se entrecruzan. Ante esta pluralidad de discursos, en ocasiones enfrentados, desde la arqueología de hoy nos interesa contribuir a generar un espacio multivocal, donde los diversos actores puedan sentirse parte de la construcción del pasado, y donde las investigaciones arqueológicas representen ser sólo una de las numerosas vías del desarrollo participativo de dicho pasado.

Agradecimientos

A Marisa Scaraffoni, del Archivo Fotográfico y Documental del Museo Etnográfico “Juan B. Ambrosetti” (FFyL, UBA), por enviarme copias del expediente sobre la donación de las tierras del Pucará a la Universidad de Buenos Aires. Al personal de la Biblioteca de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Jujuy, Rubén Adi, Alicia Tolay y Mónica

Zalazar, y a los compañeros de la Biblioteca del Instituto Interdisciplinario Tilcara, Mónica Giménez y Santos Aramayo, por permitirme la completa revisión del material de archivo inédito de la Colección Casanova. A Gabriela Karasik y María Amalia Zaburlín por brindarme bibliografía y diferentes puntos de vista sobre esta problemática. A Cristóbal Gnecco por sus comentarios, y por incentivar-me a publicar este trabajo; el cual fue elaborado en el marco del seminario de doctorado “Arqueologías Latinoamericanas”, que él dictara en el Instituto Interdisciplinario Tilcara (FFyL-UBA). A los evaluadores y a Alejandro Haber por sus acertadas sugerencias. Por último, especialmente a Mónica Montenegro y Jorge Tomasi, por responder a mis reiteradas consultas y por proporcionarme muchísimo material bibliográfico que resultó ser indispensable para el desarrollo de este trabajo. No obstante, lo vertido en este manuscrito es de mi entera responsabilidad.

Referencias:

Achúgar, Hugo

2001 Ensayo sobre la nación a comienzos del Siglo XXI. En *Imaginario de nación. Pensar en medio de la tormenta*, editado por Jesús Martín-Barbero, pp 75-92. Ministerio de Cultura, Bogotá.

Ambrosetti, Juan Bautista

1915 El Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras como auxiliar de los estudios de ornamentación aplicables al arte en general. *Revista de Arquitectura*.

Angelo, Dante

2009 Espacios indiscretos: reposicionando la mesa de la arqueología académica. En *Pueblos indígenas y arqueología en América Latina*, editado por Cristóbal Gnecco y Patricia Ayala. Universidad de los Andes-FIAN, Bogotá. En prensa.

Boman, Eric

[1908] 1992. *Antigüedades de la región Andina de la República Argentina y del desierto de Atacama. Tomo II*. Universidad Nacional de Jujuy. San Salvador de

- Jujuy.
- Bonnin, Mirta
2008 Arqueólogos y aficionados en la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina): décadas de 1940 y 1950. *Arqueoweb. Revista sobre Arqueología en Internet* 10.
- Casanova, Eduardo
1950 *Restauración del Pucará*. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
1968 El Pucará de Tilcara (antecedentes, reconstrucción, guía). *Publicación* n° 1. FFyL. Museo del Pucará de Tilcara, Universidad de Buenos Aires.
1971 El Museo Arqueológico de Tilcara (antecedentes, funciones, guía). *Publicación* n° 2. FFyL. Museo del Pucará de Tilcara, Universidad de Buenos Aires.
- Debenedetti, Salvador
1930 Las Ruinas del Pucará de Tilcara, Tilcara, Quebrada de Humahuaca (Pcia. De Jujuy). *Archivos del Museo Etnográfico II*, Primera Parte. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Fernández, Jorge
1979/1980 Historia de la Arqueología Argentina. *Anales de Arqueología y Etnología de Cuyo*, Tomo XXXIV-XXXV. Mendoza.
- Endere, María Luz
2007 *Management of Archaeological Sites and the Public in Argentina*. BAR International Series 1708, Oxford.
- Gnecco, Cristóbal
2009 ¿Existe una arqueología multicultural? En *Arqueología y política*, editado por Dante Angelo. En prensa.
- Gutman, Margarita
1987 Noel: ese desconocido. *Anales del instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas "Mario J. Buschiazzo"*, N° 25, pp. 48-58. Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo - UBA. Buenos Aires.
- Haber, Alejandro
2007 Comentarios marginales. En *Sociedades Precolombinas Surandinas. Temporalidad, interacción y dinámica cultural del NOA en el ámbito de los Andes Centro-Sur*. Editores V. Williams; B. Ventura; A. Callegari y H. Yacobaccio, pp 59-72. Buenos Aires.
- Karasik, Gabriela Alejandra
1994 Plaza Grande y Plaza Chica: etnicidad y poder en la Quebrada de Humahuaca. En *Cultura e Identidad en el Norte Argentino*, editado por Gabriela Karasik, pp 35-76. Centro Editor de América Latina.
2007 Celebraciones y colonialidad: investigadores y nativos en el extremo Noroeste Argentino en la primera mitad del Siglo XX. Trabajo presentado en las "XI° Jornadas Interescuelas - Departamento de Historia". Tucumán.
- Kindgard, Adriana
2002 Procesos sociopolíticos nacionales y conflictividad regional. Una mirada alternativa a las formas de acción colectiva en Jujuy en la transición al peronismo. *Entrepasados* 22: 67-87. Buenos Aires.

- Lagos, Marcelo
 1998 Problemática del aborigen chaqueño. El discurso de la “integración”. 1870-1920. En *Pasado y presente de un mundo postergado. Estudios de antropología, historia y arqueología del Chaco y Pedemonte Surandino*, compilado por Ana Teruel y Omar Jerez, pp. 57-101. Ediciones de la Universidad Nacional de Jujuy, Jujuy.
- Márquez, Ángel Diego
 1995 *La quiebra del sistema educativo argentino: política educacional del neoconservadurismo*. Libros del Quirquincho, Buenos Aires.
- Mignolo, Walter
 2005 *The idea of Latin America*. Blackwell, Oxford.
- Montenegro, Mónica
 2010 Patrimonio arqueológico en el sector septentrional del Noroeste argentino. Propuestas pedagógicas para su preservación. Tesis para optar al grado de Doctora en Antropología. Universidad Católica del Norte y Universidad de Tarapacá. Chile.
- Navarrete, Federico
 2009 Ruinas y Estado: arqueología de una simbiosis mexicana. En *Arqueología y pueblos indígenas en América Latina*, editado por Cristóbal Gnecco y Patricia Ayala. Universidad de los Andes-FIAN, Bogotá. En prensa.
- Pérez Gollán, José Antonio
 1995 Mister Ward en Buenos Aires: Los museos y el proyecto de nación a fines del siglo XIX. *Ciencia Hoy* 28. Pp. 52-58. Buenos Aires.
- Podgorny, Irina
 2004 a Antigüedades incontroladas. La arqueología en la Argentina, 1910-1940. En *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, compilado por Federico Neiburg y Mariano Plotkin, pp 147-174. Paidós, Buenos Aires.
 2004 b “Tocar para creer”. La arqueología en la Argentina. 1910-1940. *Anales del Museo de América* 12: 147-182. Madrid.
- Puiggrós, Adriana
 2006 Sujetos, disciplina y currículo en los orígenes del sistema educativo argentino (1885-1916). Tomo I de *Historia de la Educación en la Argentina*. Galerna, Buenos Aires.
- Ramundo, Paola Silvia
 2008 *Estudio historiográfico de las investigaciones sobre cerámica arqueológica en el Noroeste Argentino*. BAR International Series 1840. Oxford.
- Rojas, Ricardo
 1951 [1924] *Eurindia. Ensayo de estética sobre las Culturas Americanas*. Editorial Losada. Buenos Aires.
- Romero, José Luis
 1987 *Las ideas en la Argentina del Siglo XX*. Biblioteca Actual, Ediciones Nuevo País. Buenos Aires.
- Schávelzon, Daniel
 1990 *La conservación del Patrimonio Cultural en América Latina. Restauración de edificios prehispánicos en Mesamérica: 1750-1980*. Instituto de Arte America-

- no e Investigaciones Estéticas “Mario J. Buschiazso”. Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo - UBA. Buenos Aires.
- Schávelzon, Daniel y Jorge Tomasi
 2005 *La imagen de América. Los dibujos de arqueología americana de Francisco Mújica Díez de Bonilla*. Ediciones Fundación CEPPA. Buenos Aires.
- Stavenhagen, Rodolfo
 2002 Indigenous peoples and the State in Latin America: an ongoing debate. En *Multiculturalism in Latin America. Indigenous rights, diversity and democracy*, editado por Rachel Sieder, pp 24-44. Palgrave Macmillan, Nueva York.
- Tarragó, Myriam Noemí
 2003 La Arqueología de los valles Calchaquíes en perspectiva histórica. *Anales, Nueva Época “Local, Regional, Global: prehistoria etnohistoria en los Valles Calchaquíes”*, 6: 13-42. Instituto Iberoamericano, Universidad de Göteborg.
- Tomasi, Jorge
 2006 Los españoles en los múltiples caminos hacia un arte “nacional”. El neocolonial y el neoprehispánico en la arquitectura argentina. En *Españoles en la arquitectura rioplatense: Siglos XIX y XX*, coordinado por Patricia Méndez, pp 51-56. CEDODAL. Buenos Aires.
- Trincheró, Héctor Hugo
 1998 Identidad, visibilidad y formación de sujetos colectivos. Relaciones interétnicas y demandas territoriales en el Chaco Central. En *Pasado y presente de un mundo postergado. Estudios de antropología, historia y arqueología del Chaco y Pedemonte Surandino*, compilado por Ana Teruel y Omar Jerez, pp. 179-220. Ediciones de la Universidad Nacional de Jujuy, Jujuy.
- Von Rosen, Eric
 [1903] 1990 *Un mundo que se va. Exploraciones y aventuras entre las Altas Cumbres de la Cordillera de los Andes*. Universidad Nacional de Jujuy. San Salvador de Jujuy.
- Zaburlín, María Amalia
 2006 El proceso de activación patrimonial del Pucará de Tilcara. Tesis de Maestría. Universidad Internacional de Andalucía. España. Ms.
 2009 Historia de ocupación del Pucará de Tilcara (Jujuy, Argentina). *Intersecciones en Antropología* 10: 89-103. Olavarría.